

CARMILLA

Joseph Sheridan Le Fanu

ILUSTRACIONES DE

Ana Juan



TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE

Juan Elías Tovar

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

D. R. © 2013, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco 227, Bosques del Pedregal
C. P. 14738, México, D. F.
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada ISO 9001:2008

Para la edición original:
Colección dirigida por Eliana Pasarán
Edición: Mariana Mendía
Diseño: Miguel Venegas Geffroy
Traducción: Juan Elías Tovar Cross

Para la edición de Siruela:
Colección dirigida por Michi Strausfeld
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De las ilustraciones del interior y cubierta, Ana Juan, 2013
© Ediciones Siruela, S. A., 2015
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN: 978-84-16465-20-0
Depósito legal: M-28.057-2015
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Siruela

FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Las Tres Edades/Cuentos ilustrados

PRÓLOGO

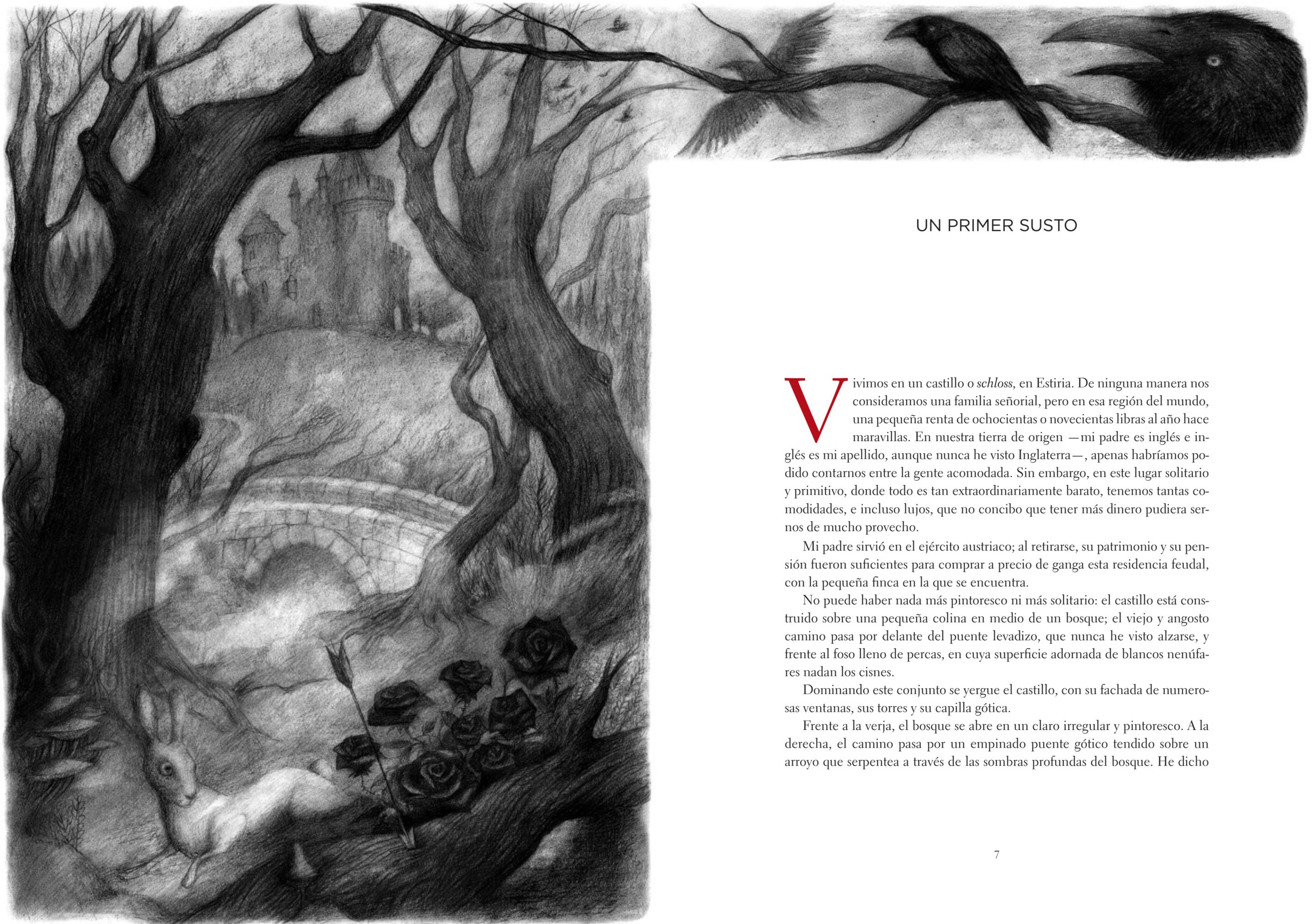
En un documento adjunto al siguiente relato, el doctor Hesselius escribió una nota bastante elaborada, acompañada de una referencia a su ensayo sobre el extraño tema que revela el manuscrito.

En dicho ensayo aborda el misterioso tema con su erudición y agudeza de siempre, además de una franqueza y concisión excepcionales. Y semejante documento será apenas un volumen en las obras reunidas de ese hombre extraordinario.

Puesto que en la presente obra publico este caso simplemente para despertar el interés de «los legos», no me adelantaré en nada a la inteligente dama que lo relata. Por lo tanto, tras la debida consideración, he decidido abstenerme de incluir algún resumen de los razonamientos del erudito doctor o algún extracto de sus declaraciones sobre un tema que, en sus propias palabras, «con toda probabilidad involucra algunos de los arcanos más profundos de nuestra existencia dual y sus grados intermedios».

Tras descubrir este documento, estuve ansioso por restablecer la correspondencia que, años atrás, iniciara el doctor Hesselius con su informante, quien parece haber sido una persona perspicaz y meticulosa. Sin embargo, y muy a mi pesar, me enteré de que ella había muerto algunos años después de los acontecimientos.

Tal vez ella habría tenido poco que agregar a la narración que, hasta donde puedo determinar, transmite con gran diligencia y minuciosidad en las siguientes páginas.



UN PRIMER SUSTO

Vivimos en un castillo o *schloss*, en Estiria. De ninguna manera nos consideramos una familia señorial, pero en esa región del mundo, una pequeña renta de ochocientas o novecientas libras al año hace maravillas. En nuestra tierra de origen —mi padre es inglés e inglés es mi apellido, aunque nunca he visto Inglaterra—, apenas habríamos podido contarnos entre la gente acomodada. Sin embargo, en este lugar solitario y primitivo, donde todo es tan extraordinariamente barato, tenemos tantas comodidades, e incluso lujos, que no concibo que tener más dinero pudiera sernos de mucho provecho.

Mi padre sirvió en el ejército austriaco; al retirarse, su patrimonio y su pensión fueron suficientes para comprar a precio de ganga esta residencia feudal, con la pequeña finca en la que se encuentra.

No puede haber nada más pintoresco ni más solitario: el castillo está construido sobre una pequeña colina en medio de un bosque; el viejo y angosto camino pasa por delante del puente levadizo, que nunca he visto alzarse, y frente al foso lleno de percas, en cuya superficie adornada de blancos nenúfares nadan los cisnes.

Dominando este conjunto se yergue el castillo, con su fachada de numerosas ventanas, sus torres y su capilla gótica.

Frente a la verja, el bosque se abre en un claro irregular y pintoresco. A la derecha, el camino pasa por un empinado puente gótico tendido sobre un arroyo que serpentea a través de las sombras profundas del bosque. He dicho

que este es un lugar extremadamente solitario. Juzgue usted si digo la verdad: si miramos hacia el camino desde la puerta principal, el bosque que rodea nuestro castillo se extiende veinticinco kilómetros a la derecha y veinte a la izquierda, y el pueblo habitado más próximo se encuentra hacia el lado izquierdo, más o menos a unos once kilómetros. El castillo más cercano y de alguna importancia histórica es el del viejo general Spielsdorf, que se ubica a casi treinta kilómetros a la derecha.

He dicho «el pueblo habitado más próximo» porque a solo cinco kilómetros hacia el oeste, es decir, en la misma dirección que el castillo del general Spielsdorf, hay un pueblo en ruinas. En la nave de su pequeña iglesia, ya sin techo, están las tumbas mohosas de la orgullosa familia Karnstein. Antaño esta familia, hoy extinta, fue dueña del desolado castillo que desde la espesura del bosque domina las ruinas silenciosas del pueblo. Sobre la causa del abandono de este paraje imponente y melancólico existe una leyenda que contaré más adelante.

Ahora debo hablar de los habitantes de nuestra casa. Excluyendo a los sirvientes y a los empleados que ocupan los edificios anexos al castillo, el grupo era diminuto. ¡No lo va a creer!: la familia la constituíamos mi padre, que es el hombre más bueno del mundo pero está envejeciendo, y yo, que en la época de mi historia tenía apenas diecinueve años; han pasado ocho años desde entonces. Mi madre, una dama de Estiria, murió siendo yo muy pequeña, pero tuve una aya de buen corazón que estuvo conmigo casi desde mi primera infancia. No recuerdo una época en que su cara regordeta y bondadosa no me fuera una imagen familiar. Se llamaba Madame Perrodon y era oriunda de Berna; sus cuidados y buen corazón compensaron en parte la pérdida de mi madre, a quien ni siquiera recuerdo por lo pequeña que era yo cuando ella murió.

Madame Perrodon era la tercera persona en nuestra modesta mesa, y la cuarta era Mademoiselle De Lafontaine, una institutriz que, si no me equivoco, ustedes llaman «de refinamiento». Mademoiselle De Lafontaine hablaba francés y alemán, y Madame Perrodon, francés y un inglés chapurreado; mi padre y yo hablábamos inglés todos los días, en parte porque no queríamos que se perdiera el idioma entre nosotros y en parte por motivos patrióticos. El resultado de todo esto era una Babel que solía provocar las risas de la gente ajena a la casa y que intentaré no reproducir en mi narración. Yo tenía además dos



o tres amigas, aproximadamente de mi edad, que en ocasiones me visitaban por temporadas más o menos largas o cortas; a veces yo también les devolvía la visita.

Estos eran nuestros lazos sociales habituales; también recibíamos, a veces, visitas imprevistas de «vecinos» que venían de veinticinco o treinta kilómetros a la redonda. No obstante, puedo asegurar que mi vida era más bien solitaria. Mi aya y mi institutriz ejercían sobre mí el poco control que personas tan prudentes podían tener sobre una niña mimada, a quien su padre permitía hacer casi todo lo que le viniera en gana.

El primer acontecimiento que produjo una impresión terrible en mi vida —tan terrible que nunca he podido borrarla de mi mente— es al mismo tiempo uno de mis recuerdos más antiguos. Algunas personas lo considerarán tan banal que podrían pensar que no merece ser consignado en este relato, pero a su debido tiempo se verá por qué lo menciono. La guardería infantil —así la llamábamos, aunque en realidad era solo para mí— era una amplia habitación en el piso superior del castillo, con un alto techo de roble. Yo debía tener unos seis años cuando una noche desperté repentinamente; miré a mi alrededor y no vi a la sirvienta encargada de la guardería; tampoco vi a mi aya, y pensé que estaba sola. No tenía miedo, pues yo era una de aquellas felices criaturas que, por la diligencia de sus protectores, ignoraban las historias de fantasmas, los cuentos de hadas y todas las leyendas que hacen que nos ocultemos bajo las sábanas cuando cruje una puerta o cuando la luz vacilante de una vela hace que las sombras dancen en las paredes acercándose a nosotros. Sin embargo, me sentía abandonada e indignada aquella noche, por lo que comencé a lloriquear, preparándome para un estallido de sonoros berridos. Fue entonces que vi, con sorpresa, un rostro solemne y bello. Era una joven que me contemplaba, arrodillada junto a mi cama y con las manos bajo la colcha. La miré con una especie de plácido asombro y dejé de llorar. Ella sonrió y me acarició; se acostó en la cama a mi lado y me cogió en sus brazos; de inmediato me encontré deliciosamente aliviada y volví a dormir. Había pasado un rato, cuando sentí como si dos agujas se clavaran al mismo tiempo hasta el fondo de mi pecho y desperté lanzando un alarido. La joven retrocedió sobresaltada, manteniendo sus ojos fijos en mí; se deslizó hacia el suelo y me pareció que se escondía bajo la cama.

Por primera vez sentí miedo y grité con todas mis fuerzas. El aya, la sirvienta y el ama de llaves entraron corriendo y, tras escuchar mi historia, le restaron importancia a la vez que intentaban tranquilizarme; pero, aun siendo solo una niña, pude darme cuenta de que habían palidecido y tenían un aspecto de inusitada ansiedad. Las vi buscar bajo la cama y por toda la habitación; se asomaron bajo las mesas y abrieron los armarios, y el ama de llaves susurró al aya:

—Toca ese hueco en la cama. Está tibio: alguien estuvo acostado ahí, tan seguro como que no fuiste tú.

Recuerdo que la sirvienta de la guardería me acarició con cariño; las tres mujeres me examinaron el pecho en el lugar donde les dije que había sentido la punzada y declararon que no había ningún indicio de que me hubiera sucedido tal cosa. El ama de llaves y las otras dos sirvientas que estaban a cargo de la guardería se quedaron despiertas toda la noche. Desde entonces hasta que tuve alrededor de catorce años, siempre hubo una sirvienta velando mi sueño.

Después de este suceso, estuve muy nerviosa durante un largo tiempo. Llamaron a un anciano doctor, muy pálido; recuerdo muy bien su largo rostro taciturno, algo picado de viruela, y su peluca castaña. Durante una larga temporada me visitó cada tercer día para darme una medicina que yo, desde luego, detestaba.

La mañana siguiente a la aparición, yo me sentía aterrorizada; ni siquiera a plena luz del día soportaba que me dejaran sola un momento. Recuerdo también que mi padre entró y se paró junto a la cama, hablando en tono jovial. Hizo algunas preguntas al aya, y una de las respuestas lo hizo reír enérgicamente. Me dio unas palmadas en el hombro y un beso; me dijo que no tuviera miedo, que no era más que un sueño y que nadie me haría daño.

Pero no me sentí tranquila, porque sabía que la visita de aquella extraña mujer no había sido un sueño, y tenía un miedo atroz. Me consoló un poco que la sirvienta de la guardería me asegurara que había sido ella quien había entrado a mirarme y se había acostado a mi lado; dijo que yo debía estar medio dormida para no reconocer su cara, pero esto no terminó de convencerme, a pesar de que el aya le dio la razón.

En el transcurso de ese día, recuerdo que un venerable anciano de sotana negra entró en la habitación acompañado del aya y el ama de llaves. Habló un

poco con ellas y luego, muy amablemente, conmigo. Tenía un rostro dulce y bondadoso; me dijo que él y las mujeres iban a rezar, y juntó mis manos para que mientras oraban yo dijera en voz baja: «Señor, escucha todas nuestras plegarias, por el amor de Jesús»; creo que esas fueron las palabras exactas, pues a menudo las repetí para mis adentros, y durante años mi aya tuvo la costumbre de hacerme repetir las en mis oraciones.

Recuerdo muy bien el dulce y pensativo rostro de aquel anciano de blancos cabellos, con su sotana negra, de pie en esa tosca y alta habitación oscura, rodeado de pesados muebles de más de tres siglos de antigüedad, e iluminado por la escasa luz que penetraba la atmósfera sombría a través de la pequeña celosía. Se arrodilló con las tres mujeres, y con voz trémula rezó en voz alta por un tiempo que me pareció muy largo. He olvidado toda mi vida anterior a aquel acontecimiento, y muchos recuerdos posteriores son confusos; pero las escenas que acabo de describir destacan en mi memoria como las imágenes de una fantasmagoría rodeada de oscuridad.



UNA INVITADA

Ahora contaré algo tan extraño que requerirá toda su fe para creerlo; sin embargo, no solo es verdad, es una verdad de la que fui testigo directo.

En una fresca tarde de verano, mi padre me invitó, como a veces hacía, a acompañarlo en un pequeño paseo a lo largo del hermoso paisaje boscoso que se extiende frente al castillo.

—El general Spielsdorf no podrá venir a vernos tan pronto como yo esperaba —dijo mientras caminábamos.

Estábamos esperando la llegada del general para el día siguiente, y su visita debía durar unas cuantas semanas. Con él iba a venir su joven sobrina y protegida, la señorita Rheinfeldt. Yo nunca la había visto, pero había oído decir que era una joven encantadora, e imaginaba muchos días felices en su compañía. Estaba desilusionada, más de lo que puede imaginar una joven que viva en una ciudad o en un barrio bullicioso, pues había pasado muchas semanas soñando despierta con aquella visita y con la nueva amistad que prometía.

—¿Y cuándo vendrá?

—No antes del otoño. Me atrevería a decir que no será en menos de dos meses —respondió mi padre—. Y ahora me alegro mucho de que nunca conocieras a la señorita Rheinfeldt, querida.

—¿Por qué? —pregunté, mortificada y curiosa a la vez.

—Porque la pobre muchacha ha muerto —respondió—. Casi olvidé decirte, pero no estabas conmigo esta tarde, cuando recibí la carta del general.